

# TOMARSE EN SERIO LA PALABRA DE DIOS

*He escuchado tu Palabra, oh, Señor, y ha llenado mi corazón de alabanza y adoración. No me permitas perder de vista el valor incalculable de tu Palabra en mi vida personal. Nunca me dejes dar nada por hecho, sino que permite al Espíritu Santo confirmar en mi vida cada día tu bendita voluntad. Amén.*

Una de mis grandes preocupaciones es que muchos de los cristianos modernos no se toman en serio la Palabra de Dios. Por el motivo que sea, las Escrituras no tienen autoridad sobre la vida del cristiano del modo que es necesario para que él o ella vivan una vida para la gloria de Dios. A muchos les ha dado por trivializar la Palabra de Dios; algunos incluso la tratan como una especie de juego, para divertirse. Si queremos que el Espíritu Santo nos dote de poder, debemos empezar por tomarnos la Biblia en serio.

Pablo explica que “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17). Si nos apartamos de la Palabra de Dios y de la atención seria que hemos de prestarle, nuestra fe naufragará en la ciénaga del desánimo.

Quizá el motivo principal por el que no nos tomamos tan en serio la Palabra de Dios es porque nos hemos vuelto susceptibles a las numerosas fuentes de ruido en este mundo, que en realidad son intrascendentes. Se trata de cosas ruidosas, como

digo, pero sin embargo no tienen gran importancia. Incluso el mundo habla de ellas con una sonrisa irónica y no se las toma demasiado en serio.

Sin duda que en este mundo hay cosas que importan, como el hambre, el dolor, la vida, la muerte y el destino. Estas cosas son importantes y hay que prestarles una gran atención. Pero, aparte de estas, no hay muchas cosas que importen, y parece que cuanto más ruido hace algo, menos importa. Los cristianos somos como el bebé que está en la cuna; lo que más llama nuestra atención son los sonajeros. De hecho, cuanto más ruido haga el sonajero, más nos gusta.

Sin embargo, déjeme decirlo otra vez: el mero hecho de que una cosa haga ruido no quiere decir que sea importante.

La política, sea cual fuere el partido, en realidad no cuenta mucho. Da igual que sea usted demócrata o republicano. La política de nuestro país puede cambiar por el capricho de unos políticos a quienes lo único que les interesa es conseguir que vuelvan a elegirlos otra vez. Se oponen inflexible y elocuentemente a cualquier política que obstaculice su reelección.

Las filosofías tampoco son realmente importantes. En el fondo, el debate sobre idealismo y realismo no es cuestión de vida o muerte. Puedo pasármelo muy bien debatiendo los méritos relativos de diversas filosofías, y acabar agotado y embargado por el orgullo intelectual, pero en el mundo no habrá cambiado nada. Puedo ganar una discusión, pero mi victoria no afecta en nada a cualquier cosa realmente importante en este mundo.

Luego tenemos la psicología. En este mundo no es importante ni la vieja ni la nueva psicología. Cuando era joven, me empapé bastante de psicología. Fui a conferencias, leí libros y reflexioné mucho sobre las teorías psicológicas. Lo que descubrí es que, tras examinarlo todo, en realidad no ha cambiado nada.

Las cosas realmente importantes de este mundo no se ven afectadas ni una pizca por la psicología.

Incluso la ciencia, por importante que sea, no altera las cosas verdaderamente importantes. Tenemos a los Newton, los Einstein y el siguiente genio que siga sus pasos. Después de que hayan dicho todo lo que saben y hayan dado conferencias eruditas sobre el hallazgo científico más reciente, nada importante habrá cambiado.

La poesía y las canciones son otras cosas ruidosas que forman parte del mundo, pero no producen cambios. Me encanta la poesía, y he leído mucha. Debo confesar que buena parte era mala poesía, pero de vez en cuando encuentro un poeta bueno. Cuando descubro a un poeta así, me alegra el día. Pero incluso después de disfrutar de la poesía de ese gran escritor, descubro que no ha cambiado nada realmente importante.

Todas estas cosas pasan y nos abandonan, inalterados, bajo los golpes contundentes de la vida, el sufrimiento y la muerte.

Incluiré la predicación en esta categoría. Sin duda que la predicación tiene sus propósitos. Es una manera de desarrollar estructura social, edificar carácter y una comunidad mejor. Fomenta la masculinidad noble y la feminidad hermosa, e incluso puede dar pie a pensamientos elevados. Todo esto es positivo. Muchos predicadores utilizan este tipo de predicación, y admito que existen beneficios superficiales; pero, una vez se ha predicado cualquier sermón, no es más que el sonido de una voz distante que tolera el sinsentido. Nada de esto se toma en serio, porque no lo es; no cuenta para nada en las crisis.

Piensa en el último sermón que hayas escuchado. ¿Qué importancia tendrían las lecciones de ese sermón si te vieras envuelto en un accidente de tráfico, enfrentándote a la posibilidad de morir? Algunas cosas son cuestiones de vida o muerte; otras, en realidad, no son tan importantes.

## Asimilando la Palabra de Dios

Esto me lleva a una de esas cosas que realmente importa, la única que debemos tomarnos en serio. Por supuesto, esa única cosa es la Biblia. En mis manos tengo un libro, la Biblia, que está por encima de toda secta, nacionalidad, raza, género y escuela intelectual. Este libro que tengo en las manos es el único libro serio que marca una diferencia; todos los demás, en comparación, no son nada.

Me pregunto qué pensaría una persona que ha vivido toda su vida en una cueva y por fin sale a la luz del sol y lo ve por primera vez. ¿Cómo describiría el sol esa persona? ¿Qué pensaría realmente de él? Desde el día en que nació ha vivido sin la influencia del sol en su vida, o al menos eso piensa ella.

¿Y qué hay de esas personas que han vivido (o eso piensan ellas) en una cueva espiritual y nunca han visto la luz del sol que es la Palabra de Dios? Resulta difícil pensar que alguien pudiera encajar en esta categoría. Sin embargo, en los Estados Unidos de América, supuestamente la nación más cristiana del mundo, todavía quedan personas que nunca han sido expuestas personalmente a la Palabra de Dios.

¿Qué pasaría si una de estas personas acudiera a la Palabra de Dios por primera vez? Empezaría a leerla y descubriría que este libro hace afirmaciones impresionantes.

Primero, este libro al que llamamos “Biblia” está solo. No es comparable a ningún otro libro y, por consiguiente, no hay ninguna otra autoridad que proyecte su sombra sobre la Biblia. Mi autoridad como cristiano descansa únicamente sobre este libro, no sobre este más algún otro.

Además, la Biblia representa la Palabra con autoridad de Dios. No hay medias tintas ni matizaciones. Debemos aceptar la Biblia en sus propios términos, sin hacer excepciones para alguien que no está de acuerdo con todo lo que aparece en ella.

O todo es Palabra de Dios o nada lo es. Dividirla en porciones supone comprometer su autoridad.

Ahora bien, a muchos les gusta tomar una porción de las Escrituras por un lado, otra porción por otro, y una más de otro lugar, y luego construyen algo que no es realmente lo que enseña la Biblia. Esto es lo que han hecho todas las sectas. A los herejes les apasiona hacerlo, e intentan convencer al mundo de que lo que enseñan es la Biblia auténtica. Pero en el fondo es una Biblia manipulada y deformada para encajar con los prejuicios o el programa de otros.

Si estas afirmaciones sobre la Biblia son ciertas, este libro merece toda nuestra atención, porque nos afecta en la vida, el sufrimiento, la muerte y el destino.

Sin embargo, hay quien se niega a tomársela en serio.

Veo solo dos explicaciones de por qué la gente no se toma en serio la Biblia.

## ¿Es falsa la Biblia?

La primera posibilidad es que hayas descubierto que la Biblia es mentira. Después de leer las Escrituras, estudiarlas, examinarlas y comparar un pasaje con otro, has llegado a la conclusión de que la Biblia, simplemente, no es verdad. Esto presupone que has examinado, sopesado, investigado y analizado el problema hasta haber agotado todos los recursos y llegar a la conclusión inapelable de que la Biblia es falsa.

Me sorprende que los mayores críticos de la Biblia sean aquellos que nunca la han estudiado a fondo. Este enfoque no se toleraría en los ámbitos de la medicina o de la ciencia, ni en el campo de la abogacía, por mencionar solo unos ejemplos. Imagina que alguien que jamás ha leído ningún tipo de teoría médica criticase los últimos avances en este campo. Esa persona acusaría a una materia de ser falsa pero, sin embargo, no podría explicar

por qué lo es. A esta persona no se la tomaría en serio dentro de la comunidad médica.

Por lo tanto, estos críticos de la Biblia hablan y despotrican sobre la autenticidad y la autoridad de la Biblia, pero sin embargo carecen de argumentos lógicos para respaldar sus afirmaciones. Cuestionan la autoridad de la Biblia, pero sin ofrecer una explicación razonable de su postura.

Pensemos por un momento que sea posible estar seguros del todo (como he dicho, después de haber investigado y estudiado mucho las Escrituras) de que la Biblia es falsa. ¿Qué efecto tiene esto?

Para empezar, desilusiona a todos los que han sido transformados por el poder y la autoridad de la Palabra de Dios, a todas esas personas que iban perdidas por la vida (algunas incluso en las peores calles de los barrios bajos) y fueron transformadas dramáticamente gracias a la lectura de la Biblia. Quizá alguien les leyó las Escrituras y oró con ellos, y como creyeron a la Palabra sus vidas se transformaron por completo. Ya no son lo que fueron. Podríamos llenar un libro (o toda una colección) con los testimonios de los miles y miles de personas que han sido transformadas así por la Palabra de Dios.

Ahora viene alguien y dice a esas personas que la Biblia es mentira. ¿Cómo les afecta? ¿Dirán algo como “Este señor me dice que la Biblia es falsa, y por tanto mi conversión y mi transformación también lo son. En realidad no me ha pasado nada, y soy la misma persona que era”? ¡Qué ridículo sería decir esto, cuando la transformación es evidente para todos!

Quienes afirman que la Biblia es falsa insinúan que todas las personas cuyas vidas se han transformado viven engañadas. ¡Pues ojalá hubiera más ilusos! He conocido a hombres y mujeres así, y sé exactamente qué dirían a eso. Repetirían las palabras de aquel ciego, que dijo a los fariseos que cuestionaban la realidad de quién era Jesús: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que

habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Jn. 9:25). Resultaba difícil cuestionar la autoridad de Jesús cuando ante los fariseos estaba el hombre que antes había sido ciego y ahora veía.

Luego tenemos el área de las obras de misericordia. La afirmación que hace el incrédulo, de que la Palabra de Dios no lo es no solamente desilusiona a quienes han sido transformados, sino que invalida las obras de misericordia hechas en el nombre de Jesús.

Normalmente, una gran obra de misericordia empieza con alguien que ha sido transformado radicalmente por la Palabra de Dios, una persona que se ha convertido sinceramente a Jesucristo. Entonces, esa persona ayuda a quienes tienen dificultades, a quienes viven en situaciones como la que ella experimentó antes de conocer al Cristo de la Biblia, y les muestra misericordia y amor por medio de las cosas que hace a su favor.

Si quienes no creen en la autoridad de la Biblia tienen razón, debemos cerrar todos los hospicios y lazaretos, las obras misioneras en algunos de los lugares más primitivos del mundo y los hospitales que tanto han contribuido a aliviar el sufrimiento humano. Quienes no creen la Palabra de Dios, ¿están dispuestos a decirnos que la incredulidad fue el origen de todas esas obras de misericordia?

Si la Biblia es falsa, ¿quién se lleva el mérito de las obras compasivas de quienes viven sus preceptos?

¿Y qué hay de todos los creyentes que, a lo largo de los años, han influido tantísimo en la sociedad? Si la Biblia es mentira, como algunos afirman, tenemos que dar premios al más tonto y orejas de asno a los creyentes que edificaron sus vidas sobre la Palabra de Dios; y eso que, gracias a sus esfuerzos, constituyeron una influencia poderosa para mejorar el mundo.

Hablo de personas como Francis Bacon, William Gladstone, Miguel Ángel, Pascal, Spinoza, Milton... y la lista es interminable. Si la Biblia es falsa, esos hombres fueron necios. Sus biografías

nos dicen que dieron crédito al Dios todopoderoso por su obra en sus vidas, y que aceptaron la autoridad de las Sagradas Escrituras. Sin duda, no todos compartían exactamente las mismas creencias, pero el centro de su vida estaba en la autoridad de la Palabra de Dios. Se tomaban muy en serio las Escrituras.

Desde mi punto de vista, uno de los grandes libros de todos los tiempos es *El libro de los mártires*, de John Foxe. Pero ¿qué necios fueron esos hombres y mujeres si la Biblia no es la Palabra inspirada por Dios y con su autoridad! ¿Por qué iba alguien a ser tan estúpido como para entregar su vida, lo más precioso que tiene, por algo que es falso?

Si se demostrara que la Biblia es falsa, sería algo terrible y tendría consecuencias amplísimas; pero ninguna persona reflexiva y estudiosa que haya dedicado tiempo y esfuerzo al estudio de la Biblia llegaría a la conclusión de que esta es falsa. Hacerlo supondría que sabes más que Dios o, peor aún, que Dios se está guardando para sí algo bueno.

## Juguetear con la Palabra de Dios

Si una persona no ha concluido que la Biblia es falsa, si en realidad sabe que no lo es y aun así no se la toma en serio, es culpable de jugar con la Palabra de Dios. Si creemos que la Biblia es la Palabra de Dios para nosotros, debe tener la máxima prioridad en todas nuestras actividades. Todo lo que hagamos debe evaluarse con la idea “así dice el Señor”. El cristiano serio debe rechazar de plano todo aquello que no esté a la altura de este estándar.

Jugar frívolamente con algo tan importante como es la Biblia es el mayor ejemplo posible de estupidez. Permíteme que te diga que no creo que la Biblia sea un libro religioso. A lo largo de los años ha habido muchos textos religiosos, y he leído la mayor parte de ellos. Toda religión, incluso toda secta, tiene su libro



religioso. El libro religioso es una colección de cosas que debes hacer y otras de las que tienes que abstenerte si formas parte de esa religión.

Algunas personas consideran que la Biblia es un compendio de órdenes y prohibiciones. Pensar así es menoscabar la integridad de la Biblia. Hay un antiguo himno que cantábamos en mi iglesia titulado “Parte tú el pan de vida”. Me encanta ese himno, sobre todo una frase de la primera estrofa: “más allá de las santas páginas yo te busco, mi Señor”. Considerar la Biblia algo que no sea una “santa página”, por medio de la cual Dios ejerce su autoridad, supone restarle importancia para nuestro perjuicio espiritual.

Prometo solemnemente delante del Dios todopoderoso que cada día de mi vida me tomaré la Biblia con total seriedad, y adaptaré mi vida a sus enseñanzas.

## Parte Tú el pan de vida

Mary A. Lathbury (1841-1913)

---

Parte Tú el pan de vida, Jesucristo, para mí  
como partiste los panes junto a aquel mar, allí;  
más allá de santas páginas yo te busco, mi Señor;  
y mi espíritu te anhela, ¡oh, Tú, el Verbo, Salvador!

Bendice la verdad, Señor amado, para mí,  
Como aquel pan bendijiste, en Galilea así;  
y ya no habrá más cadenas, los grilletes caerán,  
y hallaré por fin mi paz, gloriosa y celestial.

Tú eres el pan de vida, Señor, para mí,  
y tu santa Palabra la verdad que creí;

dámela de comer y viviré en las alturas,  
enséñame a amarla, fuente de amor más pura.

Envía tu Espíritu, Señor, a mí,  
Que toque Él mis ojos y me haga verte a ti:  
Muéstrame la verdad oculta en tu Palabra,  
Y en sus páginas revela tu gloria bienamada.

SEGUNDA PARTE



# OBSTÁCULOS AL PODER DE Dios

*Ella es mi consuelo en mi aflicción,  
Porque tu dicho me ha vivificado.*

SALMO 119:50

